

- Recuerdos del ayer -



Familia García Torralba – Lucía en brazos de su madre

En “Las Cañadas”, un pequeño caserío de Alhama de Murcia; vivía mi padre, Mateo García Moreno. No muy lejos de allí, en “Los Muñoces”, otra pequeña aldea, vivía mi madre, Agustina Torralba, y teniendo ella sólo 17 años, se casan en 1927.

De la familia de mi padre, sólo habían quedado en Murcia él y su hermano Manuel. Los otros hermanos, Francisco, José y Bernardo, habían emigrado hacia Argentina tiempo atrás, y se habían radicado en Córdoba. El mayor (Francisco) instaló un lavadero en calle Rosario de Santa Fe, barrio General Paz, para unos años después trasladarse a calle 25 de Mayo 1562, donde funciona actualmente dirigido por Ana Pérez y sus hijos: Domingo, Francisco, Lázaro y Lucas Albarracín. Cartas de aquí para allá y viceversa se intercambiaban los hermanos; Francisco animando a Mateo, incentivándolo que viajara. La flamante pareja se preguntaba; ¿Por qué no ir a Argentina? ¿Por qué no intentar otra vida? Allí tendremos oportunidad de trabajar, lograr un bienestar económico y educar a nuestros hijos. Aquí nos será difícil, casi imposible.

Y Agustina, mujer de carácter, con solo 17 años convenció a mi padre, Mateo. ¡Valientes! ¡Decididos! ¡Osados! Se embarcaron en el Reina Victoria Eugenia, rumbo a Buenos Aires, con su corazón lleno de ilusiones, pero también, con la nostalgia de dejar atrás su patria y seres queridos. Ya lo dice la canción: “Adiós mi España querida, dentro de mi alma te llevo metida y aunque soy un emigrante, jamás en la vida podré yo olvidarte”.

Al llegar a Córdoba, mi padre comenzó a trabajar en el lavadero, siempre recuerdo ganaba \$150 por mes, que era mucho, era plata fuerte, y mi madre se ayudaba realizando tareas domésticas. Su sueño era comprar un terreno y levantar un cuarto con cocina y baño. Al poco tiempo lo hicieron.

El 23 de febrero de 1928 nació mi hermano Pedro.

Pasaron cinco años, Manuel mandaba sus cartas diciendo siempre lo mismo: “No llueve, se perdió la cosecha, no logramos nada”. Aún así, mi padre deseaba volver a España; según él aquí, todo le hacía mal, hasta el agua. Agustina, encariñada con sus cuñados y sobrinas, vivía feliz. Pero no contrarió a su marido, además vería a su madre y hermanos (“la sangre tira”) y decidieron el viaje. Vendieron su propiedad en cuotas a Marcelino Álvarez, puestero del mercado sur y Francisco quedó con el poder para escriturar. Cuarenta años después, como abogada, tramité el juicio sucesorio de Don Marcelino y tuve en mis manos esa escritura. ¡Qué feliz me sentí!

Mi padre nuevamente con su hermano, en “Las Cañadas” volvió a las tareas rurales. Labrar la tierra, sembrar y esperar. Mirando el cielo y pidiendo agua. Un día, en la era, tuvo un accidente. Se golpeó en un ojo produciéndole desprendimiento de retina y en consecuencia pérdida de la vista. Esto lo inquietó, lo angustió. Pasaba los días meditabundo y cabizbajo pensando en Argentina, en Córdoba, en sus hermanos y en la vida que tenían allí, tan distinta a la del campo. Nuevamente la pareja se formuló preguntas como en el año en que partieron para América. Tres meses después de mi nacimiento, en 1933, en un acto de arrojo, con coraje y valor, decidieron partir a esta bendita tierra. Aquí, familiares y paisanos los recibieron con los brazos abiertos y dispuestos a ayudarlos como la primera vez.

Después de cuatro años de brega y ahorrando centavo a centavo, compraron un terreno en la Bajada San Roque donde comenzaron a construir su casita. Tiempo después mi padre compraría un molino de cereales.

La consigna era: trabajar, trabajar y duro trabajar. Pero no todo fue eso. Las reuniones en el lavadero los domingos y fiestas eran frecuentes, congregando a familiares y amigos.

¿Y qué hacían? El lugar de encuentro era Villa Anita, al atardecer en el jardín, se jugaba a las cartas: La brisca, el tute y el codillo; transcurrían horas, con unos pocos centavos en la mesa, los equipos se “peleaban” por ganar. Disfrutando mucho. Otras veces Francisco Navarro tocaba su guitarra y cantaba malagueñas y parrandas; Agustina, Luisa y Mateo se lucían bailando y tocando las postizas (bien grandes por cierto). Por su parte, Salvador nos deleitaba con su acordeón, brindándonos unos bonitos pasodobles.

En cuanto a las comidas: pollo frito con pimiento y tomate; migas (¡Qué bien las hacía mi padre!), aún recuerdo su versito: “Gachas migas ruleras, pan de centeno, que enllenando la panza, todo está bueno”; arroz con pollo y caracoles.

Y la matanza del cerdo, o muerte del cochino. Era una fiesta espectacular. Preparar las butifarras, el blanco, las morcillas, jamones, etc. Todo esto era vivir un ambiente “murciano”, mantener las costumbres y transmitir las tradiciones a hijos y nietos. Sentirse en su propia patria.

Mi padre trabajó mucho. Vendió verduras, tuvo un molino de cereales, retiraba viruta de las carpinterías que llevaba al lavadero para la caldera. No fue fácil pero nunca lo escuché quejarse.

Lo siento como un maestro. Maestro por su garra, el amor al trabajo, su honestidad, su hombría de bien. Dejando a hijos y nietos un “ejemplo de vida”.-

Ya jubilado se dedicó a la huerta. Cosechaba cebollas, ajos, tomates. Lechuga y achicoria. Su placer era hacernos probar las brevas e higos que recogía con devoción. De noche, en invierno junto al hermoso hogar de mi living disfrutaba leyendo “Selecciones” y atizando el fuego para mantenerlo vivo.

Cuando ya no tuvo la quinta, se dedicó a la artesanía: cestas, alfombras, felpudos, esparteñas y asientos para sillas. El esparto (de España, por supuesto), hilo sisal o plástico eran su materia prima. Escribía poesías, era un trovador, un coplero.

Lo llamé maestro; lo fue para mí y para los que tuvieron la dicha de conocerle.

El Señor lo llevó el 11 de septiembre del año 1986, cuando faltaban solo diez días para cumplir 85 años.

Transcribo una de las poesías que mi padre recitaba:

Nuestro Dios se fue a cazar

Y de cazar no venía.

Se encontró con un mal hombre

Traidor y de mala vida.

Le preguntó si había Dios

Y le dijo que Dios no había.

¡Calla hombre que si hay Dios

y también Virgen María!

Yo te puedo dar la muerte

También quitarte la vida

Yo no le temo a la muerte

Ni tampoco al que la envía.

Pero al otro día por la mañana

La muerte a buscarlo venía

¡Detente muerte traidora!

¡Detente si quiera un día!

Que confiese mis pecados

y que limpie el alma mía.

No te dejo, no te dejo

Por que nuestro Dios me envía

Que te lleve a los infiernos

Aquellos que más ardía.

Murcia, tu hermosa huerta, no tiene otra igual.

Córdoba, la llana de la Nueva Andalucía, “la Docta”; gracias por todo lo que me dieron.

Las amo y las llevo en lo más profundo de mi corazón.

Lucía García Torralba

A